

Teoría de la traducción en la antigüedad latina

Las primeras «reflexiones» sobre el arte de traducir las encontramos en Roma y sólo a mediados del s. I a.C. En efecto, los gramáticos hindúes, como Panini (ca. 300 a.C.), analizaron con extremada perfección su lengua, pero no se interesaron por comparar el sánscrito con un idioma tan afín como el iranio, ni tampoco con el griego después de la conquista de Alejandro Magno en 327 a.C. Los helénicos, a su vez, estuvieron en contacto con una multitud de pueblos en razón de sus colonias marítimas o mediterráneas, pero sólo les preocupó conocer las lenguas extranjeras con fines comerciales. Estudiaron muy bien sus propios dialectos, pero por mirar en menos las otras culturas no les interesó traducir textos literarios como el «Avesta» o poemas épicos hindúes como el «Mahabarata» y el «Ramayana»¹.

Roma fue culturalmente colonizada por la civilización helénica y por la civilización helénica a través de ésta. Posiblemente la más antigua traducción latina de una obra literaria griega sea la «Odisea» de Liuius Andronicus en 264 a.C. En cambio las primeras reflexiones sobre la técnica del traducir parecen ser lo que al fin de sus días escribió Cicerón a manera de prólogo para su versión latina de los discursos de Demóstenes y de Esquines «Sobre la corona». Esta traducción, realizada en 47-46 a.C., se perdió en lo que a discursos se refiere, pero nos quedó el prólogo bajo el título de «De optimo genere oratorum»².

1 A. Meillet, *Introduction à l'étude comparative des langues indo-européennes* (Paris 1949) 453-454.

2 Cicerón, *L'Orateur, Du meilleur genre d'orateurs* (ed. A. Yon, col. «Belles Lettres», Paris 1964) 110-117.

I.—LA TEORIA CICERONIANA

Cicerón en sus raros momentos de ocio se entretuvo en traducir bastante poesía griega, como los «Fenómenos» del helenista Aratos, fragmentos de Eurípides, pasajes de la «Ilíada» y «Odisea»³, y también prosa griega como el «Protágoras» y el «Timeo» de Platón, el «Oeconomicus» de Jenofonte, etc. Cicerón no sólo domina a la perfección el latín y el griego, sino que tiene, según vemos, bastante experiencia en materia de traducción.

En el «De optimo genere oratorum» Cicerón plantea con meridiana claridad el problema teórico de la traducción, que aún hoy día no encuentra salida, y su dilema sigue vigente: ¿fidelidad al texto original (traducción literal) o fidelidad al pensamiento contenido en el texto (traducción libre, literaria, adaptación, que agudamente Voltaire llama «les belles infidèles»)? He aquí el párrafo pertinente:

«Conuerti enim ex Atticis duorum eloquentissimorum nobilissimas orationes inter se contrarias, Aeschinis et Demosthenis; nec conuerti ut interpres, sed ut orator, sentiis isdem et earum formis tamquam figuris, uerbis ad nostram consuetudinem aptis. In quibus non uerbum pro uerbo necesse habui reddere, sed genus omne uerborum uimque seruaui. Non enim ea me annumerare lectori putauí oportere, sed tamquam appendere»⁴.

En esta solución al dilema de la traducción podemos distinguir tres elementos.

En primer lugar, Cicerón rechaza la traducción de palabra por palabra. Comienza afirmando «nec conuerti ut interpres». El primer valor de «interpres» es el de «intermediario»⁵. El intermediario no cambia las palabras, por ejemplo, de los dioses. A Mercurio, que trae la orden a Eneas de partir de Cartago, Virgilio lo llama «interpres diuum»⁶. Y Cicerón subraya esta primera afirmación más adelante con una frase

3 En *Fragmenta poetarum latinorum*, edidit W. Morel (Teubner, ed. fotocop., 1963) 73-76.

4 5, 14, ed. cit., p. 114.

5 A. Ernout + A. Meillet, *Dictionnaire étymologique de la langue latine* 4 éd. (Paris 1959) 320-b.

6 *Eneida* 4, 356; cf. 3, 359.

muy bien acuñada: «non pro uerbo uerbum necesse habui reddere». Lo vuelve a repetir desde otro ángulo: idéntica cantidad de términos: «non enim me ea annumerare lectori putauit oportere». Todo lo cual se podía controlar en su traducción de los discursos «Sobre la corona»: «Si e Graecis omnia conuersa non erunt».

En segundo lugar, Cicerón propone una posición media entre la traducción literal y la traducción libre: «nec conuertit ut interpres, sed ut orator». El primer valor de «orator» es el de embajador encargado de un mensaje oral, lo cual supone cierta libertad en la transmisión del contenido, lo opuesto de «interpres». Pero esta libertad se encuentra enmarcada por ciertos límites, pues se deben conservar las mismas «sententiae» (pensamiento), las mismas «formae» (pattern, modelo, padrón) y las mismas «figurae», que son la anáfora, la paranomasia, etc. Sin embargo dichos límites están condicionados por el genio de la lengua en la cual se traduce: «uerbis ad nostram consuetudinem aptis». «Consuetudo» ha de interpretarse aquí por «lenguaje»⁷. Cicerón confirma esta aseveración en la frase siguiente: «genus omne uerborum uimque seruaui». «Genus» significa «carácter» y «uis» es «sentido»⁸. Y al finalizar este prólogo Cicerón escribe:

«Uerba persequens eatenus, ut non abhorreant a more nostro, quae si e Graecis omnia conuersa non erunt, tamen ut generis eiusdem sint elaborauimus»⁹.

Por consiguiente la traducción, según la teoría de Cicerón, debe transmitir el sentido, reproducir en lo posible los recursos estilísticos y, a la vez, mantener las características de la lengua latina. La estructura de las frases citadas en el «De optimo genere oratorum» es antitética en forma tal que la prótasis y la apódosis tienen igual valor. Además tres veces repite la adversativa «sed»¹⁰.

7 El muy ciceroniano Columella, contemporáneo de Séneca, escribe: «Haec in Oeconomico Xenophon (et) deinde Cicero, qui eum *Latine consuetudini* tradidit» (*De re rustica* 12, praef. 7).

8 «Nouerit primum uim, naturam, genera uerborum et simplicium et copulatorum» (Cicerón, *Or.* 115).

9 *De optimo genere oratorum* 7, 21, ed. cit., p. 117.

10 «S'emploi d'ordinaire après un membre de phrase négatif pour apporter une contrepartie positive: non... sed» (A. Ernout - F. Thomas, *Syntaxe latine* 2 éd. (Paris 1964), 448-449).

Finalmente, Cicerón subentiende que no basta conocer el valor de la palabra griega, sino también precisa conocer la realidad o la cosa expresada por ella. Cicerón intuye empíricamente lo que la lingüística moderna denomina «semántica y visión del mundo», «semántica y etnografía»¹¹, porque traduce a dos oradores en cuanto oradores: «Conuerti... orationes... ut orator», así como se esfuerza por traducir al poeta Homero como poeta. Cicerón nos quiere insinuar, muy probablemente, que para expresar en latín un texto griego es necesario estar informado de la vida y de la cultura griega. Cicerón adopta pues la doctrina estoica sobre significado, signo y cosa:

«Colocaron lo verdadero y lo falso en las cosas significadas... los estoicos, diciendo que hay tres cosas unidas entre ellas: el significado, el signo y la cosa; de las cuales el signo es la palabra, por ejemplo, Dión; el significado es la cosa expresada por aquélla, que nosotros comprendemos cuando es ofrecida a nuestro pensamiento (pero los bárbaros no entienden, aunque oigan la palabra); la cosa es lo que subsiste exteriormente, como el mismo Dión. De éstos dos son cuerpos, como la palabra y la cosa, una incorpórea como el significado y lo expresable, que puede ser verdadero o falso»¹².

II.—UNOS VERSOS DE HORACIO

El «Ars poetica» de Horacio fue compuesto unos veinte años después de la muerte de Cicerón (23-20 a.C.). Aunque resulta difícil un análisis detallado de esta epístola, se puede sin embargo afirmar que en los vv. 128-135 Horacio propone a los héroes y personajes homéricos como modelos con tal que su imitación no resulte pedestre y servil.

11 Cf. al respecto G. Mounin, *Teoria e storia della traduzione* (Torino 1965) 75-86 y 94-100. Refutación de las exageraciones de L. Hjelmslev, L. Bloomfield, E. Sapir, etc., en pp. 107-125.

12 Sexto Empírico, *Aduersus mathematicos* 8, 10-11, citado en R. Mondolfo, *El pensamiento antiguo* 4 ed. (Buenos Aires 1949) t. 2, p. 120. Notar que Sexto Empírico es un escéptico tardío (s. III d.C.?) que trae el parecer de los estoicos para refutarlo. Cicerón escribe en el *Orator*: «Ergo cum censeo qui eloquentiae laude ducatur non esse earum rerum omnino rudem, sed uel illa antiqua uel hac Chryssippi disciplina instructum» (115). Se trata de Crisipo de Soles (281?-205?), segundo fundador de la Stoa.

«Publica materies priuati iuris erit, si
 non circa uilem patulumque moraberis orbem
 nec uerbo uerbum curabis reddere fidus
 interpres nec desilies imitator in artum,
 unde pedem proferre pudor uetet aut operis lex»¹³.

El «fidus interpres» horaciano es el «interpres» ciceroniano. Esto queda confirmado por «nec uerbo uerbum curabis reddere», expresión ya empleada por Cicerón, según vimos. El «interpres» horaciano del v. 134 corresponde al traductor literal en general, pues en el v. 111 dice: «post effert animi motus interprete lingua». El estoicismo está subyacente en el contexto de este verso, doctrina que también hace suya Cicerón¹⁴. Sin embargo el «Ars poetica» no trata aquí de la traducción, sino de la imitación: «nec desilies imitator in artum». Amén del término «imitator», encontramos la expresión «in artum», o sea, «estrecho marco». El traductor está sí encerrado por un estrecho marco —aquí también Horacio concuerda con Cicerón— pero el imitador goza de mucha mayor libertad: «unde... uetet aut operis lex». Entendiendo «lex» por estructura u orden, resulta inaceptable su aplicación a la «traducción», pero sí muy adecuado a la «imitación».

Hemos realizado la exégesis de estos versos de Horacio, porque, según se va a ver, no siempre se los entendió en su recto sentido.

III.—SAN JERONIMO, TRADUCTOR

El apasionado y contradictorio San Jerónimo amaba la soledad y, por otra parte, no podía vivir sin sus amigos a quienes dirigía numerosas cartas. Algunas de éstas son verdaderos trataditos, como la epístola a Pammachius escrita

13 *Ars poetica*, 131-135.

14 En una nota a su edición de las *Epistulae* de Horacio, F. Villeneuve sostiene que en el verso citado «Horace esquisse ici, sur l'origine naturelle langage, une théorie où les stoïciens, avec leur parole interne (λόγος ἐνδιὰθετος qui devient ensuite parole exprimée (λόγος προφορικός) et les épicuriens, avec correspondance qu'ils établissaient entre la diversité des paroles et celle des impressions naturelles (Lucr. V, 1028 et suiv., VI, 1147 et suiv.) pouvaient reconnaître leur bien. Cf. Cic., *De or.* 3, 216: «Omnis motus animi suum quendam a natura habet uultum et sonum et gestum» (Horace, *Epîtres*, col. «Belles Lettres», 4 éd., Paris 1961, p. 208, n. 1).

entre 395-396. Lleva por título «De optimo genere interpretandi», lo cual es una reminiscencia del prólogo de Cicerón a su traducción de Demóstenes y Esquines: «De optimo genere oratorum». El brillante discípulo del célebre gramático Elio Donato es un admirador de Cicerón y un buen conocedor de la literatura latina.

En el «De optimo genere interpretandi» San Jerónimo cita los dos párrafos del «De optimo genere oratorum», que hemos anteriormente transcrito, y algunos versos del trozo de «Ars poetica» horaciano que acabamos de analizar.

Fuera de sus versiones bíblicas, de las cuales no trataremos en este estudio, porque en ellas entra en juego un problema teológico ajeno al tema que nos hemos propuesto¹⁵, San Jerónimo tradujo mucho más prosa griega que Cicerón, aunque la traducción jeronimiana se concentró en escritores cristianos como Eusebio de Cesarea, cuyo «Chronicon» vertió al latín acompañándolo de un prólogo en que expone su teoría sobre la traducción y que cita en la referida carta a Pammachius¹⁶.

Comienza Jerónimo haciendo suya la teoría de Cicerón: «Habeoque huius rei magistrum Tullium, qui Protagoram Platonis et Oeconomicum Xenofontis et Aeschini et Demosthenis duas contra se orationes pulcherrimas translulit». Lo confirma citando los dos trozos del «De optimo genere oratorum» que hemos mencionado antes¹⁷. Sin embargo Jerónimo solicita suavemente, como decía E. Renan, el texto ciceroniano, ya que después de leer las traducciones de Demóstenes y Esquines, hoy perdidas, pone únicamente de relieve las libertades que se permitió Cicerón:

«Quanta in illis praetermisserit, quanta addiderit, quanta mutauerit, ut proprietates alterius linguae suis proprietatibus explicaret, non est huius temporis dicere».

15 «Ego enim... profiteor me in interpretatione Graecorum absque scripturis sanctis, ubi et uerborum ordo mysterium est» (*Epist.* 57, 5 Ad Pammachium en *Saint Jérôme. Lettres*, texte établi et traduit par J. Labourt, ed. «Belles Lettres», (Paris 1953), t. 3, p. 59).

16 «Cum Eusebii *χρονικόν* in Latinum uerterem, tafi inter cetera praefatione usus sum...» (*Epist.* 57, 5, ed. cit., p. 59).

17 Cf. textos citados en las notas 4 y 9.

La teoría ciceroniana, según vimos, era mucho más matizada.

A continuación Jerónimo sólo cita los versos del «Ars poetica»:

«nec uerbum uerbo curabis reddere fidus
 interpretis»

en apoyo de Cicerón. Pero este respaldo carece de firmeza, pues Horacio está tratando la «imitación», y si alude a la «traducción» es únicamente desde el punto de vista de la «imitación», como se dijo antes. Jerónimo nuevamente solicita el texto: ¿Por qué? Porque San Jerónimo desea astutamente fundamentar en Cicerón y Horacio sus muy controvertidas traducciones en las que, por lo general, agrega mucho de lo suyo. De ahí el mencionado comentario al pasaje de Cicerón: «Conuerti... appendere», y de ahí también que considere como «traducciones» lo que sólo es «imitación»:

«Terentius Menandrum, Plautus et Caecilius ueteres comicos interpretati sunt: numquid haerent in uerbis, ac non decorem magis et elegatiam in translatione conseruant? Quam uos ueritatem interpretationis, hanc eruditi κακοζγλίαν nuncupant».

Jerónimo, alejándose cada vez más del equilibrio ciceroniano, aplica ahora a la traducción de prosistas lo que es válido para la versión de poetas:

«Quodsi cui non uidetur linguae gratiam interpretatione mutari, Homerum ad uerbum exprimat in Latinum —plus aliquid dicam—, eundem sua in lingua prosae uerbis interpretetur, uidebit ordinem ridiculum, et poetam eloquentissimum uix loquentem»¹⁸.

Por otro lado, las dificultades que Cicerón sostiene que deben superarse, Jerónimo las propone como obstáculos que precisa no vencer, sino eliminar. Para este fin Jerónimo cita a Evagrio, sacerdote amigo suyo, que en el prólogo de su traducción de la «Vida de San Antonio» por San Atanasio, dice:

18 S. Jerónimo cita a Pammachius estas frases pertenecientes al prólogo de su traducción latina del «Chronicon» de Eusebio de Cesarea.

«Ex alia in aliam linguam ad uerbum expressa translatio sensus operit, et ueluti laeto gramine sata strangulat... Hoc igitur ego uitans, ita beatum Antonium te petente transposui ut nihil desit ex sensu, cum aliquid desit ex uerbis. Alii syllabas aucupentur et litteras, tu quaere sententias»¹⁹.

Pero también antes se procedía así. Y Jerónimo trae el ejemplo de San Hilario de Poitiers (315?-367) perteneciente a la generación anterior:

«Sufficit in praesenti nominasse Hilarium confessorem qui homilias in Iob et in psalmos tractatus plurimos in Latinum uertit e Graeco, nec adsedit litterae dormitanti, et putida rusticorum interpretatione se torsit, sed quasi captiuos sensus in suam linguam uictoris iure transposuit».

Jerónimo, que había comenzado citando como maestro a Cicerón, termina con una pintoresca y apasionada apología de las «belles infidèles». Jerónimo dice en 395-396 que Hilario tradujo («uertit»), pero a Pammachius tres años más tarde escribirá: «non ut interpretes, sed ut auctores proprii operis transtulerunt» Hilario y Victorino²⁰. En esta frase Jerónimo tiene razón, ya que el trabajo de Hilario y de Victorino no es una traducción, sino perífrasis, adaptación, imitación.

IV.—TRADUCCION Y NEO-PLATONISMO

Desde el «De optimo genere oratorum» ciceroniano hasta el «De optimo genere interpretandi» jeronimiano constatamos una evolución en la teoría de la traducción. Del difícil equilibrio propuesto por Cicerón se ha llegado a la traducción libre o a la adaptación no sólo entre autores cristianos como San Hilario, San Jerónimo, Mario Victorino, sino también en escritores paganos como Macrobio (ca. 400). Este último, por ejemplo, compuso una interpretación neoplatónica del «Somnium Scipionis» de Cicerón para lo cual usó probablemente el comentario al «Timeo» de Platón escrito por el neo-platónico Porfirio.

¹⁹ También citado en *Epist.* 57, 6, ed. cit., pp. 61-62. Nótese el empleo del duro término «strangulat» y la expresión «syllabas aucupentur et litteras» que recuerda el «annumerare» de Cicerón (cf. texto citado con nota 4).

²⁰ *Epist.* 84, 7, ed. cit., t. 4, p. 134.

En los libros III - VI de los «Saturnales» Macrobio hace un detallado análisis de la obra virgiliana, especialmente de la «Eneida». Una de sus fuentes es Plutarco, anti-estoico y platonizante fanático. Macrobio dedica numerosos capítulos a los poetas imitados por Virgilio. El primero comienza así:

«Et si uultis me et ipsos proferre uersus ad uerbum paene translatos, licet omnes praesens memoria non suggerat, tamen qui se dederint obuios adnotabo: νευρήν μὲν μαζῶν πέλασεν, τοξῶν δὲ σίδερον. (Il. 4, 123).

Totam rem quanto compendio lingua ditior explicauit?
uester licet periodo usus idem tamen dixit?

«adduxit longe donec curuata coirent
inter se capita et manibus iam tangerent aequis,
laeua aciem ferri, dextra neruoque papillam».

(En. 11, 860-2)».

Notemos en este texto que, según Macrobio²¹, Virgilio casi («paene») traduce («translatos») a Homero de manera evidente («obuios»), aunque el primero se sirva de un período²² y el segundo de una sola frase. Para el neo-platónico Macrobio emplear tres versos para traducir uno, a causa de la mayor riqueza del griego («lingua ditior»), es situarse muy lejos del equilibrio ciceroniano entre la traducción literal y la traducción «ad sensum» o libre²³.

Recordemos que el cristiano Mario Victorino (300?-385?) tradujo a Plotino (203?-270) y a Porfirio (233?-304), discípulo de éste, quien ordenó en «Enéadas» lo que le dictaba su maestro²⁴, e igualmente que San Hilario y San Jerónimo tienden a interpretar alegóricamente la Sagrada Escritura²⁵ siguiendo las aguas del muy platónico Orígenes²⁶.

21 *Saturnalia* 5, 3, 3 (Teubner, ed. I. Willis, 1963), pp. 247-8.

22 «Quem Graeci περίοδον, nos tum ambitum, tum circuitum, tum comprehensionem aut continuationem aut circumscriptionem dicimus» (Cicerón, *Or.* 204).

23 Comparar esta «traducción» virgiliana con las realizadas por Cicerón y citadas en nota 3.

24 Porfirio compuso además «El antro de las Ninfas» que es una interpretación neo-platónica de la «Odisea» 13, 102 ss. Cf. F. Buffiere, *Les mythes d'Homère et la pensée grecque* (Paris 1956) 419-437 y 595-616.

25 Cf. A. Penna, *Principi e caratteri dell'esegesi di S. Gerolamo* (Roma 1950).

26 Sobre Platón y el medio-platonismo cristiano, cf. J. Danielou, *Message évangélique et culture hellénistique aux IIe. et IIIe. siècles* (Desclée, 1961) 103-121. Acerca de la exégesis de Orígenes, cf. H. de Lubac, *Histoire et esprit: l'intelligence de l'Écriture d'après Origène* (Paris 1950).

El predominio de la traducción libre en los ss. IV y V se debe a la influencia del platonismo y del neo-platonismo. En efecto, si la filosofía subyacente a la teoría de la traducción ciceroniana y horaciana fue el estoicismo, como se dijo antes, la filosofía que condiciona ahora la traducción tanto cristiana como pagana es la de Platón y Plotino. Así pues, si para los estoicos el «significado» de toda «realidad» sensible y espiritual se expresa directamente por la «palabra», para Plotino, en cambio, la realidad sensible es «símbolo» o expresión de la realidad inteligible así como el lenguaje matemático traduce la realidad del movimiento²⁷. La fórmula matemática corresponde, entonces, a lo que los estoicos llaman «la cosa... que subsiste exteriormente». La cosa, a su vez, constituye el significado o sentido contenido en la palabra, y la palabra es signo de este significado. Las palabras forman el texto, el cual, dado lo anterior, resulta para los neoplatónicos un débil vestigio de la realidad inteligible. Por eso, al abordar la traducción, San Jerónimo escribía: «Alii syllabas aucupentur et litteras, tu quare sententias»²⁸, o sea, no te preocupes de ser fiel al texto, sino atiende sólo al sentido.

Lo citado de San Jerónimo, de Macrobio, de Mario Victorino es contemporáneo del paso del Danubio por los godos (375), de la división del Imperio Romano (395), del establecimiento de los vándalos en Hispania (400), acontecimientos que marcan el principio del fin de la Antigüedad latina.

ADOLFO ETCHEGARAY CRUZ

Departamento de Filología Clásica,
Universidad Católica de Valparaíso

27. «La naturaleza es una imagen (*ἰνδαλμα*) de la sabiduría; siendo la última del alma ella no posee, sino los últimos relámpagos de la razón (*λόγον*) (Plotino, *Enéada IV*, 4, 13).

28 Cf. texto citado en la nota 19.